

La disciplina de Penelope

NEFELIBATA



Gianrico Carofiglio

La disciplina de Penelope

Traducción de Montse Triviño



Duomo ediciones

Barcelona, 2022

Título original: *La disciplina di Penelope*

© 2021, Gianrico Carofiglio

Edición original de Mondadori Libri, S.p.A.

© de la traducción, 2022 por Montse Triviño González

© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19004-25-3

Código IBIC: FA

DL B 8.215-2022

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Composición:
Grafime Digital, S.L.
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la discusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

1

Su respiración se volvió por fin regular. Inspiraba por la nariz y espiraba por un lado de la boca, como un pequeño instrumento musical de fuelle. No hacía mucho ruido o, al menos, no demasiado, no tanto como otros. En otras circunstancias –en otra vida– hasta me habría parecido posible dormir a su lado.

Pensé durante un momento en todos los otros: en los ruidos grotescos, casi afectados, que emitían algunos tras sumergirse en un sueño irregular. Me vino a la mente un libro que tenía mi abuela en casa, *El país de las nanas*. Recordaba muy bien las ilustraciones –de diseño anticuado, pues el libro era de los años treinta– y vagamente la historia. Había una especie de mago que esparcía unos polvos para dormir sobre el pequeño

protagonista, un niño que llevaba un gracioso pelele. Cuánto me habría gustado tener aún aquel libro. Hojearlo como hacía de niña, cuando me quedaba a dormir con mi abuela cuando ella estaba en casa, cuando no había salido de viaje. Quedarme dormida mientras imaginaba que el hombre del sueño, con sus polvos mágicos, venía a visitarme a mí también. Quedarme dormida sin pensar en nada. Muchas personas se quedan casi paralizadas cuando, de buenas a primeras, se les dice que pidan un deseo. Si me lo preguntaran a mí, en cambio, no dudaría ni vacilaría: volver a quedarme dormida como cuando era niña, en casa de la abuela Penelope.

Me levanté despacio de la cama para no despertar al hombre. ¿Cómo se llamaba? Alberto, tal vez, pero no estaba segura; la música sonaba demasiado alta en el momento de las presentaciones. Recogí mis cosas, esparcidas entre un sillón y el suelo, y me dirigí al cuarto de baño.

Apenas abrí el grifo para no hacer ruido. Solo lo estrictamente necesario. Ya me ducharía en casa para borrar aquella experiencia.

¿Experiencia? Cuidado con las palabras. Experiencia es cuando aprendes algo, cuando estás presente en una situación y esa situación te deja una huella, una señal. Que no era precisamente lo que había sucedido poco antes.

Casi una hora de ejercicios gimnásticos, en un determinado momento incluso delante del espejo. Para que lo recordara bien, como había dicho él con una voz falsamente ronca; la idea era que fuera erótica, mientras se movía como si estuviera haciendo un tutorial, contrayendo rítmicamente los músculos hipertróficos y contemplando nuestra imagen reflejada. Más que sexo, parecía una competición de culturismo. Cuando me preguntó si algún otro hombre me había hecho gozar de aquel modo, me dije que ya había tenido bastante. Fingí un orgasmo de primera categoría, con muchos gemidos y estremecimientos, y él, llegados a ese punto, también se sintió autorizado para poner fin a su exhibición.

Después de lavarme, no pude resistir la tentación de abrir los armarios a ambos lados del espejo. En el de la derecha encontré enjuague bucal, ibuprofeno, Toradol, colirio, Rinazina, vitaminas, omega 3, cúrcuma, glucosamina, melatonina, preservativos de varias clases (incluidos los de sabor a fresa, que, por suerte, me había ahorrado). Algo más escondidos, Levitra y Minias. El Minias era, evidentemente, la razón de que ahora durmiera tan tranquilo. El Levitra no sabía lo que era, así que –ya lo sé, soy muy indiscreta– leí el prospecto y descubrí, sin grandes sorpresas, que era un «fármaco para el tratamiento de la disfunción eréctil en hombres adultos».

Para completar la inspección, eché un vistazo también al otro armario: varias maquinillas de afeitarse, crema hidratante, crema antiarrugas, *lifting* para el contorno de ojos, suero, parches para eliminar ojeras, base de maquillaje, polvos bronceadores... En la cara interior del armario había pegado la página de una revista con diversos ejercicios de gimnasia facial «para tonificar los músculos de la cara y combatir arrugas, líneas de expresión y otros signos del paso del tiempo». Me lo imaginé estirándose la piel hacia las sienes –«poniendo ojos de chino, para entendernos», sugería el autor del artículo– para contrarrestar arrugas y patas de gallo.

Decidí en aquel momento echar un vistazo al resto de la casa. La cocina estaba limpia y perfectamente ordenada. En la nevera había cartones de leche de soja, pechugas de pollo, productos probióticos, desayunos proteicos, bebidas para deportistas y una botella de *champagne*.

Después estaba el gimnasio: una habitación espaciosa con banco, aparatos de musculación, mancuernas, barra de dominadas, una espaldera y un saco de boxeo. El comedor era amplio, con vistas, y estaba decorado con muebles nuevos tan caros como insulsos. En los estantes había una veintena de libros: *fitness*, alimentación, autoayuda y Paulo Coelho.

Antes de marcharme, entré de nuevo en el dormitorio en penumbra.

Me acerqué al hombre, que seguía durmiendo tan tranquilo y que, tal vez por eso mismo, me suscitó una ternura pasajera. Casi me entraron ganas de acariciarlo, de despedirme con un beso. Me duró un par de segundos. Luego le dije adiós con la mano, comprobé que llevaba el móvil, el spray de pimienta y el calcetín lleno de canicas, y me fui.

La puerta del edificio se cerró a mi espalda y me encontré ante un Milán grisáceo, salpicado de luces impuras. No hacía demasiado frío..., aunque dicen que ya nunca hace demasiado frío.

Un mendigo dormía dentro de un saco, rodeado de un refugio hecho de cartones junto a la entrada de un banco. De edad indescifrable, como casi todos los que viven en la calle. Empecé a fijarme en los mendigos cuando me contaron la historia de un excompañero de instituto. Primero una desagradable separación, después el despido, luego ya no pudo permitirse la casa en la que vivía y no consiguió encontrar otra. Dormía en un coche viejo, comía en los comedores sociales y vivía de lo que podía, limosnas incluidas. Desde que me enteré, observo atentamente a todos los sin-techo con los que me topo. Busco en las barbas descuidadas, en los rasgos deformados por la soledad, la miseria, el frío y el vino peleón, las facciones de aquel muchacho al que, en realidad, jamás llegué a conocer. Fuimos cinco años a la misma clase y no recuerdo

haber hablado con él ni una sola vez. Ahora, sin embargo, me gustaría encontrarlo y preguntarle cómo ha podido ocurrir, ayudarlo quizás. Una de mis muchas ideas sin sentido.

El hombre que en ese momento dormía delante de mí no se parecía a él. Por otro lado, quién sabe si lo hubiera reconocido en caso de haberlo encontrado. En el refugio de cartón podía leerse una frase escrita con rotulador: «SI QUIEREN, DÉJENME ALGO. VIVO DE ESTO». Con la coma y el punto en el lugar preciso, la caligrafía recta, ordenada e infantil, como si se tratara de un cuaderno de tercero de primaria. Saqué un billete de veinte y se lo puse entre los dedos. Él no se enteró de nada y siguió durmiendo.

Luego encendí un cigarrillo, me puse los auriculares, busqué «Nick Cave» y, con los primeros acordes de *Into My Arms*, me dirigí a casa.